

"La Nación," Buenos Aires 13 mayo 1923



# ASOCIACIONES ESTUDIANTILES

Por MIGUEL UNAMUNO

(Para LA NACION)

SALAMANCA, de 1923.  
 Hace unos días hablaba en esta ciudad de Salamanca con unos muy simpáticos estudiantes portugueses, de Coimbra, que andan buscando el modo de hacer una Federación internacional, siquiera de pueblos latinos, de estudiantes. Bajo su atavío tradicional de estudiantina—que en Coimbra se conserva—lujan las preocupaciones más modernas, más actuales, que son, a la vez, las de siempre, las eternas. Son estudiantes más que de libros. Tienen los ojos, los oídos y el corazón abiertos a la historia que nos cife y penetra y en que se esponjan todos los espíritus civiles.

Hablándoles de nuestras menguadas asociaciones españolas de estudiantes, hubo de explicarnos por qué éstas ni pueden prosperar ni pueden federarse con las de otras Naciones. El estudiante termina aquí, por lo regular, su carrera antes de los veinte años, los que pueden ser la vida de una asociación, pertenece a los últimos cursos y su masa se renueva muy de prisa; no hay, pues, un principio de continuidad que sirva de sostén al desarrollo normal de la asociación. Cansanse de ésta muy pronto. He visto formarse y perecer varias de esas asociaciones. Y es, por otra parte, un peligro, y grande, el que las asociaciones estudiantiles sean dirigidas e influidas por elementos de fuera de ellas y que podríamos llamar patronales.

El profesorado no debe ser el que dirija las asociaciones de estudiantes, porque mucha parte de la acción de éstas, acaso la mayor y la mejor, debe dirigirse a vigilar al profesorado, a inspeccionarlo, a defenderse de él. Si una asociación de estudiantes no ha re servir para inspeccionarnos y aun seleccionarnos a los profesores, haciendo lo que el Estado no sabe, no puede o no quiere hacer ¿para qué servirá? Queda lo que se llama la ayuda de los ex alumnos, de los que fueron estudiantes, son hoy hombres de carrera y no ejercen función de enseñanza, pero de éstos hay que fiarse tan poco como de los padres. Y padres suelen ser. Los padres, por lo general, sólo se preocupan de que sus hijos ganen sus cursos y obtengan sus títulos, sea como fuere, y les molesta que sus hijos se preocupen de graves problemas sociales y ni siquiera del problema de la enseñanza y de la libertad de la razón y del estudio. Quedan los otros padres.

Me refiero a los padres mal llamados religiosos y mal llamados padres, a los que aceptan como título de honor este santo nombre de padre, contraviniendo lo que el Cristo dijo al decir: "No os llaméis "padre" en la tierra, pues uno solo es vuestro padre, el que está en los cielos" (Mat. XXIII, 9). Estos padrecitos, pues, y sobre todo los de Loyola, los jesuitas, son los que se dedican a cazar estudiantes, a organizarlos en asociaciones de estudiantes llamados católicos, a dirigirlos y a procurarles domilillos pagados por elementos no estudiantiles.

En España se están dedicando a formar esas asociaciones de estudiantes católicos—tal es el mote—con las que se proponen dominar la enseñanza e invocando... la libertad! Y pronto habrá hasta timbas—y algo más—para estudiantes católicos, timbas católicas. Catolicismo deportivo, elegante, pseudo-aristocrático y de niños bien que suele aliarse con ese patriotismo, también deportivo y teatral—es decir, hipócrita—de las ligas patrióticas y de la acción ciudadana. Pura frivolidad conservadora con, en el fondo, un gran horror a la libertad de pensamiento y a la de conciencia y un mayor temor al advenimiento del reinado de la Justicia.

Conjuntamente con aquello de la gran campaña social, que hubo que suspender porque se vió el peligro de que estallase la guerra civil aquí latente, iban los padrecitos esos procurando arrebañar a la juventud estudiantil—no estudiantil—y corearla. Consiguieron que un ministro declarara día festivo, el Día del Estudiante, el 7 de marzo, festividad de Santo Tomás de Aquino, ya que el de

San Ignacio de Loyola cae fuera del curso, el 31 de julio, y además no había que descubrir demasiado el juego. Protestaron los más de los estudiantes, los no arrebañados, los que no quieren hacer de su catolicidad una carrera y un sectarismo de servidumbre, y en muchas cátedras se desacató la orden del ministro aquel y se dieron clases. Yo las di el 7 de marzo del año pasado. Y en esta actitud de protesta contra esa ingerencia del Poder gubernamental les alentaron a los estudiantes de esta Universidad de Salamanca los religiosos dominicos. Los socios de la Academia de Santo Tomás fueron a clase, honrando así a su patrono, un estudiante nada festivo, y no prestándose a mantobras jesuíticas.

Este año, el actual ministro de Instrucción Pública, un ex republicano y liberal—aunque con el liberalismo agnado de los dinásticos—suprimió la fiesta, ya que no se estableció por acuerdo unánime de los estudiantes. Y ha habido muchas clases el día 7 de este marzo. Yo di las dos mías. Otras no se dieron y más que por falta de estudiantes por falta de profesores que, católicos o no católicos, se agarran de cualquier pretexto para sacudirse de los que sienten como una penosa carga. Pero en Madrid un grupo de esos estudiantes sedicentes católicos acudieron a la Universidad a estorbar el que se dieran clases y acudieron armados de trancas y de silbatos, instrumentos de piedad sin duda, y alzaron un alboroto, atropellaron a un profesor—liberal, por supuesto—y dieron mueras al rector y vivas a la Universidad libre. Un espectáculo edificante.

Andan por aquí unos cuantos que se dicen y se creen liberales lamentándose de con todo esto se va a provocar la división de los estudiantiles

y luego la de los demás ciudadanos por lo de la libertad de pensamiento y de conciencia, y añaden que los estudiantes no deben ser más que estudiantes. Nosotros, los verdaderos liberales, nos congratulamos de esta división. Como la guerra civil religiosa no se ha resuelto en España, como siempre se la ha tratado de ahogar con componendas y enjuagues de esos de "sin vencedores ni vencidos" el problema sigue en pie, y seguirá hasta que no sea ley de vida y de convivencia la libertad de conciencia y la libertad de cultos y el perfecto laicismo en la enseñanza. Y hasta que no se ahogue su verdadera libertad a esos colegios de asociaciones sedicentes religiosas que lo malo que tienen es, que no saben enseñar. Nadie puede dar lo que no tiene y nuestros jesuitas españoles, de una frivolidad mental y de una ligereza de juicio que espanta, no pueden dar ciencia. Toda la suya es aparential y de bambolla; erudición a lo sumo y sin alma alguna. Nos citan cada sabio! Hay alguno que ha descubierto y bautizado hasta siete especies nuevas de insectos y cosas por el estilo.

Esas flamantes asociaciones de estudiantes católicos, los de tranca y silbato, no pueden federarse sino con otras análogas del extranjero, si es que las hay tan cerriles y rebañegas como las de por acá. En una gran federación interconfesional de estudiantes no hay que pensar por lo que a España hace. Estos energúmenos, en el fondo analfabetos, van a inventar cualquier día el antisemitismo en España. Ya en el programa de la gran campaña social se hablaba del peligro protestante.

Ahora me viene a la mientes cuanto he leído en un libro de un argentino sobre la revolución universitaria, la de los estudiantes, de esa República, pero quiero dejar para otra ocasión el decir algo sobre ello. Ahí, en esa República, hubo una revolución estudiantil, como también en la de Chile, mientras que aquí, en este Reino, el jefe del Estado, el rey, autoriza con su presencia una fiesta de esos estudiantes de tranca y silbato. Y no por su catolicidad. Sino porque en el tono deportivo y frívolo de esos niños bien, horros de espíritu religioso y de espíritu civil, entra el dinastismo, pero como cosa de moda casi de sastrería.

